

ENRIQUE HEINE

POR J. A. PEREZ BONALDE

Nota de la R.— Como homenaje al insigne poeta Pérez Bonalde en la fecha centenaria de su nacimiento, (30 de enero de 1846), reproducimos los principales párrafos de la Carta Prologo que el eminente polígrafo M. Menéndez y Pelayo escribió para la traducción que nuestro poeta publicó de El Cancionero (Das Buch der Lieder), de Enrique Heine, en Nueva York, 1885. A la innegable autoridad del crítico español, juntábase la amistad personal que lo unió siempre con Pérez Bonalde; lo cual, para nosotros, ofrece un doble interés. Este escrito suele citarse con frecuencia, pero es en general muy poco conocido en su original.

Nueva York

Mi estimado amigo:

OCUPACIONES hartó reñidas con la literatura amena han dilatado hasta hoy la respuesta que debo a usted en agradecimiento de la dedicatoria de su bella traducción del CACIONERO (Buch der Lieder) de Enrique Heine, con que usted quiere honrarme. Acepto con profunda gratitud tal muestra de generosa amistad, por mucho que me ruborice ver escrito mi oscuro nombre en la primera página del monumento más insigne que hasta ahora han dedicado las letras castellanas al último gran poeta que hemos alcanzado en nuestro siglo.

.....
Si yo afirmase aquí redondamente que entre las traducciones castellanas de Heine (todas incompletas o parciales, y muy pocas directas) no conozco ninguna que tan de cerca siga la letra del original y tanto se embeba en su espíritu, reproduciendo, por decirlo así, hasta el ambiente lírico en que se mueve la versátil fantasía del grande hechicero del Norte, no diría ni más ni menos que lo que siento y creo que puede probarse en toda forma y con todo rigor dialéctico; pero como no quiero prevenir el ánimo del lector con paralelos siempre

odiosos, reconozco de buena voluntad las dotes poéticas **propias** que algunos de estos traductores (comenzando por Eulogio Florencio Sanz) mostraron, y los rasgos brillantes de estilo y la facilidad de versificación con que supieron hacer agradables algunos de los **lieder** a quien antes no los hubiera visto en su original. Pero todas estas versiones, sin excluir los mejores, adolecen del pecado original de ser parafrásticas, atrevidas y libérrimas, o más bien licenciosas, no tanto por impotencia o defecto de los traductores como por error de sistema, que les ha hecho conceder poca importancia a lo que tan grande la tiene, en una poesía musical y aérea como los **Lieder**: es decir, al ritmo, a la forma más externa, a la colocación melodiosa de las palabras. Traducir **per summa capita**, apoderándose solamente del pensamiento general del autor, y variándole en nuevo molde, puede ser lícito o menos digno de reprensión, cuando se traduce un gran poema dramático, o narrativo, en que el interés no está ligado precisamente a los ápices de las palabras, sino que arranca de los grandes conflictos de la vida; pero traducir en esa forma descuidada y fácil composiciones líricas de trama tan sutil como las de Enrique Heine, es lo mismo que deshojarlos y hacerles perder toda su frescura y todo aroma: es lo mismo que disipar con mano grosera el polvo impalpable de unas alas de mariposa. Cuanto más poeta sea el traductor, tanto más obligado debe creerse a una fidelidad estricta. Sólo con esta condición se dignará visitarle la Musa del gran poeta traducido. Usted lo ha hecho así, y Enrique Heine se lo ha pagado bien. No es hipérbole decir que en muchas de las traducciones de usted vibra todavía el son del divino beso de amor que (según el mismo Heine) santificaba las canciones de nuestro Judah Levi de Toledo, y que hace inmortales las de su cantor y penegirista en quien las letras miran al lec-

tor sonriéndose, y murmuran eternamente frases de amor.

Para conseguir que los versos castellanos retuvieran este mágico poder que los alemanes tienen, ha sido forzoso volverlos una y otra vez al yunque: y usted mismo indica (y yo soy testigo de ello) que no solamente el **Intermezzo** sino muchas composiciones sueltas han sido retraducidas y vueltas a traducir por usted descontento siempre de las primeras versiones que le parecían débiles, infieles y remotas del original. Así se lucha y así se vence. Y sin embargo, no se advierten en la traducción de usted las gotas del sudor que ha debido de costarle la posesión y la victoria. Al contrario, para desengaño de traductores perezosos y de espíritus preocupados contra el noble arte de la traducción poética, ha logrado usted juntar la mayor espontaneidad y frescura con un vigor literal tan nimio, que no sólo sigue paso a paso el texto alemán en ideas y sentimientos y en la enérgica expresión de la individualidad poética de Heine sin permitirse añadir ni alterar cosa alguna, sino que en general traduce verso por verso, y a veces llegó a remedar el metro y la rima y la disposición de las estrofas, y hasta la colocación de los acentos, con lo cual raya en una especie de calco. Dígame si hay traducción en prosa que pueda llegar ni de lejos a este grado de perfección y exactitud. Y todo esto, sin menoscabo de los fueros de nuestra lengua, sin neologismos inútiles ni afectadas extravagancias, y por virtud y eficacia tan sólo de los recursos múltiples e

inagotables que la versificación castellana ofrece, y que la hacen apta para asimilarse las joyas poéticas de las más opuestas razas y naciones.

Háy traslados muy fieles, tan fieles que rayan en la superstición (la **Iliada** de Voss, por ejemplo,) y que, apesar de ese mérito, parecen muertos o helados. Pero la obra de usted no pertenece a ese número, y lo que más me maravilla es la vida y el sentimiento poético que conserva, y la profundidad con que entra en el alma del delicioso poeta germano, y la libertad con que se mueve en el encantado verjel de sus canciones, alegrando por el canto perenne de infinitos ruiseñores. Parece que las cadenas le han dado a usted alas y que la severa disciplina a que se ha sujetado, por lo mismo que le ha impedido divagar y traducir por aproximaciones, le ha hecho herir con más fuerza las cuerdas del alma poética de Heine.

.....

Felicita a usted de todo corazón su amigo y servidor affmo.

M. Menéndez y Pelayo.

Madrid, diciembre de 1885.

(Obras Completas de M. Menéndez y Pelayo, Tomo X. Estudios y Discursos de Crítica Histórica y Literaria, Santander, 1942, pp. 413 - 416)

